

31 de julio de 1991

Una Imagen Variable

El México Profundo Sigue Vivo

- ★ Cuando lo Suprimido se Revela, hay Alarma Foránea
- ★ Todos Hablan Bien en el Exterior del Actual Gobierno
- ★ El Proyecto de las Potencias lo ha Hecho Suyo

LORENZO MEYER

Uno de los homenajes que se pueden hacer a Guillermo Bonfil ahora que ha desaparecido, es mantener viva la raíz moral de la que se nutrió su trabajo académico, y auxiliarnos de su herencia intelectual en la explicación de la complejidad social mexicana. En la obra antropológica de Bonfil hay una enorme pasión por defender lo que él llamó la "civilización negada": esa civilización enteramente original que surgió en Mesoamérica y que, pese a cinco siglos de represión, aún no ha desaparecido por entero.

Independientemente de que se considere viable y positiva la propuesta de Bonfil de volver a poner en el centro de nuestra vida colectiva lo que hoy subsiste, marginado, de la civilización mesoamericana, no hay duda que la oposición que él desarrolló entre el "México profundo" y el "México imaginario", es un enfoque útil para explicar aspectos centrales de nuestra realidad.

Como se recordará, para Guillermo, una manera

de entender al México actual —sus fallas más que sus logros, los obstáculos más que las facilidades para construir una sociedad justa y digna—, es verlo como resultado de un conflicto no resuelto entre lo que él definió como el "México profundo" y el "México imaginario". Otra manera de decir lo mismo es la oposición entre el país dominado: mayoritario y de estirpe mesoamericana, y el país dominador: minoritario, heredero directo de los colonizadores, y empeñado en hacer que la sociedad entera adopte como propios y dominantes los patrones culturales y las prioridades establecidas en y por las sucesivas metrópolis occidentales que en nuestra historia han sido.

El llamado, México imaginario —el de la élite del poder— ha contado a lo largo de su historia con el apoyo de alguna de las grandes potencias de la época —España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos— en sus empeños por imponer al resto de la sociedad sus valores, proyectos e intereses. La minoría que forma la cúpula de la sociedad mexicana y las potencias occidentales —al menos aquella parte de esas potencias interesadas en México—, han compartido una premisa fundamental: el rechazo a la permanencia de ciertos elementos culturales precoloniales entre las masas populares por considerarlo un obstáculo a la modernidad, es decir, a la plena implantación y desarrollo de las formas económicas capitalistas.

Entre las élites del poder en las economías centrales y dominantes a lo largo de los siglos XIX y XX, la imagen de México como país y nación dependió casi por entero del grado de dominio que tuviera el México imaginario sobre el profundo, pues cuando el México profundo ha salido a la superficie inevitablemente ha entrado en contradicción con sus valores e intereses de

los centros de poder internacionales. Ha sido en esos periodos cuando la imagen del "México feo" ha dominado en los medios de difusión, los círculos académicos, financieros y en las cancillerías de Madrid, París, Berlín, Londres o Washington. Para ilustrar esta afirmación, voy a tomar el caso de la reacción británica hacia nuestro país durante la Revolución mexicana, fenómeno que he abordado con mayor profundidad en un libro que acabo de publicar.

Al llegar a su madurez el porfirismo, difícilmente podía haber sido mejor la imagen de México y de su gobierno, en Europa en general y en Inglaterra en particular. Para ejemplificar, tomemos el caso de dos escritores de la época. En 1906 y 1907, Alec Tweedie y Percy F. Martin, en sendos libros, argumentaron que tratándose del general Porfirio Díaz, "ningún elogio es demastado", y uno no vaciló en calificarlo como el "hombre más grande del siglo XIX", "el más sabio de los déspotas modernos". Un líder que conducía a su país por el camino de la modernidad con mano de hierro, pero que, a la vez, era amado por su pueblo. En los otros dos siguientes años, Hans F. Gadow y C. Reginald Enock, en otras tantas obras, afirmaron que el desarrollo de la "civilización mexicana" apenas estaba iniciándose, pero de continuar por la senda elegida —y contando con la necesaria presencia del capital externo, del que los británicos poseían ya el equivalente a 100 millones de libras esterlinas— muy pronto México dejaría sentir su influencia política y económica en América Latina y en el mundo, pues su riqueza minera le podría llevar a la etapa de industrialización para llegar a ser, en palabras de Tweedie, "una de las voces que gobernara al mundo".

¿Y cuál era la visión de estos europeos del México profundo gobernado por los "científicos" del general

Díaz? Bueno, The Times de Londres admitía que la demografía mexicana era sólo forma sin contenido, y que el terrero que recibía el indio mexicano de la clase dirigente no era muy diferente del que se le daría a un esclavo. Sin embargo, el famoso diario confiaba en los efectos benéficos futuros de la modernización y, por ello, aseguraba a sus lectores, que ese problema político y social se resolvería con el paso del tiempo. Para Martin y Enock, los indios eran la espina dorsal de la sociedad mexicana, un grupo "fuerte y viril" que ya había mostrado en las personas de Benito Juárez y Porfirio Díaz que era capaz de lograr los altos estándares intelectuales y morales de los europeos, quienes, obviamente, eran los que definían tales estándares.

Ahora bien, cuando las opiniones sobre los mexicanos eran confidenciales —como, por ejemplo, la contenida en el informe a la Foreign Office del 22 de febrero de 1907 del ministro británico en México, Reginald Tower— ya no eran tan positivas. En ese mensaje, Tower hizo saber a sus superiores que "(e)s verdaderamente de dudarse que el indio mexicano, término con el que se conoce a los nativos de este país, sea realmente capaz de un desarrollo mental significativo". En cualquier caso, bajo condiciones como las creadas por don Porfirio, los mexicanos eran, en su mayoría —según Enock— corteses y diferentes "verdaderos chesterfields" que, en la opinión de Vanit y Fair en su edición del 26 de octubre de 1910, con una dosis adecuada de inmigración europea, podrían revertir el proceso de decadencia racial en el que habían caído.

Justamente entonces todo empezó a cambiar, y en 1911 "el más sabio de los déspotas" fue obligado a renunciar al poder por un levantamiento popular que, en poco tiempo, traería a la superficie al México profundo. A partir de entonces, la imagen de los mexicanos

como "verdaderos Chesterfields" desapareció de Inglaterra y de otros lugares. El "shock" que produjo el nuevo México en la élite extranjera fue enorme. Tweedie, en un libro publicado en 1917, señaló que Madero se había equivocado trágicamente al tratar "de conducir al caballo mexicano con la suave rienda de la teoría constitucional en lugar de con el freno del autoritarismo salvaje con que la criatura había sido domada", y por ello la única salida era una dictadura militar, como la que había intentado Victoriano Huerta y que tanto había agradado a los europeos e irritado al Presidente de Estados Unidos.

En los años de mayor intensidad de la Revolución se perdió la objetividad, incluso The Economist la perdió. Por ejemplo, en su edición del 27 de septiembre de 1913, el insurgente constitucionalista típico era presentado al lector como un material humano imposible de ser incorporado a un gobierno civilizado, pues era un peón que "se encuentra mejor de lo que nunca soñó: es poseedor de un caballo que robó, viste ropa tomada de almacenes que saqueó, lleva un rifle que tomó de una cárcel que atacó y dispone de alcohol en abundancia y de la libertad de ir a donde le venga en zana". En varios artículos que dedicó a México entre noviembre y diciembre de 1913, The Times aseguró que la crueldad de los mexicanos era ya superior a la de los chinos, y que una "sed de robo" corría por la sangre de todos ellos, sin distinción de clase. Para ese tipo de observadores, la capacidad política del México profundo era nula. Thomas Hohler, encargado de negocios británico, en su despacho del 20 de octubre de 1915 se refirió a la Convención de Aguascalientes como un "Parlamento de los monos", similar al descrito por Kipling en su Libro de la selva.

El "mexicano feo" surgió entonces en los

de europeos y estadounidenses, fue explicado preferentemente en términos raciales. En su despacho del 23 de junio de 1915, E. W. Paged Thurstan —otro diplomático británico—, consideraba que con el triunfo de Carranza había desaparecido el "elemento blanco" de los círculos de gobierno, y con él la posibilidad de que los mexicanos comprendieran y aceptaran los cánones europeos de gobierno. "El elemento pensante en México es una proporción casi infinitesimal de la población", aseguró el vicescámbulo británico en Douglas, Arizona, el 27 de julio de 1918.

Sólo cuando los sonorenses empezaron a controlar sin muchos miramientos a las fuerzas locales desatadas por el cataclismo revolucionario, la imagen negativa empezó a cambiar, aunque lentamente, pues todavía en 1926 en la Foreign Office se consideraba a Obregón como "uno de los peores seres vivientes". En cualquier caso, elementos importantes de ese cambio fueron los acuerdos de Bucarelli y el Calles-Morrow, que compensaron y garantizaron los intereses extranjeros. En enero de 1926, el recién llegado ministro británico en México, Esmond Ovey, dijo que pese a que "sentía pena" por los mexicanos, "por su ineptitud tan evidente y todos sus defectos", estaba ya "preparado" para sentir simpatía por ellos, pues la Revolución había traído consigo algunas cosas buenas, como un esfuerzo por elevar el nivel de vida del grueso de la población y darle un sentido de dignidad que por largo tiempo se le había negado.

El cardenismo volvió a dar prioridad en su programa de gobierno —el formal y el real— a varios de los intereses fundamentales del México profundo, y entonces la relación oficial con Inglaterra se volvió a deteriorar al punto de concluir una nueva ruptura en 1938, tras la expropiación de las empresas de las empre-

sas petroleras, incluida "El Águila", propiedad angloholandesa. De muchas maneras el gobierno y los medios de comunicación británicos insistieron entonces en que la política mexicana no era de nacionalismo sino de despojo de los derechos legítimos de los propietarios extranjeros. Por tanto, el 22 de febrero de 1939, el Departamento del Petróleo en Londres confiaba en que el general Joaquín Amaro llegaría a tomar por la fuerza el poder en México, "lo que equivaldría a una dictadura militar... que es la única manera de establecer en ese país un sentido adecuado de los negocios, la disciplina y el respeto a la propiedad".

La Segunda Guerra Mundial, el fin del cardenismo y la seguridad de que el

México profundo empezaba a retornar a la profundidad de la que había salido, permitieron que los gobiernos de México y Gran Bretaña reanudarán relaciones en octubre de 1941. Cuando poco después México entró a formar parte del grupo aliado, la Revolución mexicana volvió a adquirir algunos méritos, a ojos británicos, y The Times (30 de mayo y 10 de junio de 1942) ya no calificó a la expropiación petrolera como un robo sino como un acto de independencia, y vio en Cárdenas menos a un enemigo del capital externo y más a un sólido pilar del antifascismo. Cuando la guerra terminó, la mirada británica hacia nuestro país se hizo menos benévola.

Pues bien, hoy como en 1910, la imagen de México se ha agudizado.

